

La incerteza como fundamento de la espacialidad

Milagros Mata Gil

*Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Guayana.
(UNEG). Edo. Bolívar. Venezuela*

Resumen

La trayectoria de la novela venezolana es analizada a través de un país que busca la justificación a sus bruscos cambios histórico-sociales y la figura que, a pesar de los enmascaramientos, puede representarlos. La autora parte de dos órdenes aristotélicos: el de la causalidad y el de la finalidad, para vincularlos con las categorías primordiales de tiempo y espacio y demostrar que el novelista venezolano debe encontrar un sitio que a través de su escritura pueda ser considerado referencia que no pueda ser alterado por los cambios político-sociales sin dar cabida no ya a la certeza, sino a la estabilidad.

Palabras claves: espacio-tiempo, historia, categorías ideológicas, novelista.

Uncertainty as a foundation for the concept of space

Abstract

The trajectory of the Venezuelan novel is analyzed through a country that searches for the justification of its brisk social, historical changes and for the figure which, although masked, can represent them. The author begins with two Aristotelian orders: that of causality, and that of finality, in order to unite them with the primordial categories of time and space, and demonstrate that the Venezuelan novelist should find a place which throughout his writing can be considered as a reference and which cannot be altered by political and social changes without giving way not to certainty but to stability.

Key Words: space-time, history, ideological categories, novelist.

A manera de conclusión, pero no exactamente.

La trayectoria de la novela venezolana muestra las características de un país que ha estado buscando:

1) La justificación de los cambios abruptos y de las súbitas detenciones que han caracterizado su historia.

2) La figura que mejor pueda representarlo (entre muchos y variados enmascaramientos propuestos).

Estas dos categorías se corresponden con los procedimientos mediante los cuales, según Aristóteles, se gesta el sentido de lo real: la causalidad (que explica el acontecer de las cosas según eslabones de causas y efectos) y la finalidad (que es la base perceptiva y normativa de toda forma de existencia). En otros términos, ambos órdenes se pueden vincular con las coordenadas primordiales de **tiempo y espacio**.

II.

El espacio es, intuitiva y racionalmente, la más inmediata expresión de las objetivaciones del mundo. Es lo que asegura al hombre su ubicación universal: la noción que le otorga aposento, de manera tal el mismo lenguaje, que es materia elemental del pensamiento, se produce como una concreción de retóricas espaciales. Así, el espacio es más que una certeza abstracta: es el territorio in-

terno/externo, íntimo/público, subjetivo/objetivo donde fluyen y se representan las historias y se cumplen las correlaciones y las coexistencias. De una manera más profunda, el espacio es además la forma de permanecer en él: el establecimiento de las disposiciones dinámicas por medio de las cuales se organiza el mundo.

De esta manera, **la construcción** de un espacio desde el cual pueda reconocerse e interpretarse se ha convertido en uno de los problemas fundamentales del hombre. En el caso del hombre americano, esta búsqueda se ha convertido en razón de ser a partir del terrible evento conocido como descubrimiento: esa violenta intersección de las culturas europeas dominantes y conquistadoras con el múltiple sustrato aborígen, dominado y conquistado. Y luego, las otras mixtificaciones surgidas por la exportación de otras oleadas culturales distintas, cumplidas a lo largo de cinco siglos. Las diferentes perspectivas, los distintos puntos de vista, han proporcionado una visión a veces ajena, casi siempre fragmentaria, del espacio, y éste se ha convertido en una entidad que se debe conquistar, aprender, asimilar o incluso construir para completar las posibilidades lógicas por las cuales debe correr la vida.

IV.

Pero el problema del espacio viene desde mucho tiempo atrás. Cuatro siglos antes de Cristo, Aristóteles propuso la certeza cósmica de un territorio y un habitante planetario que eran los centros del universo. De allí parten el júbilo y la sensualidad de los griegos. En el siglo XI de la Era Cristiana, desde el delta medieval: ese tiempo de fermentaciones magníficas, Ptolomeo reivindicó el postulado aristotélico para plantear, revolucionariamente, que El Hombre era similar a Dios. Esta posición paradigmática se asumió después, en los triunfos del Renacimiento: El Hombre era medida de todas las cosas, en verdad, su propio Señor y su propio Creador. Sin embargo, tal identificación parecía tan perversa, representaba un llamado tan subversivo a la libertad que parecía prometer el caos y la anarquía y afectaba los intereses de los que siempre han querido controlar el poder: la producción, la toma de decisiones, los senderos por los que corre la vida. De esta manera, se revisaron con tenacidad los postulados antropocéntricos. El paso del modelo aristotélico-ptolomeico al copernicano abrió una fisura grave en la relación ontológica y epistemológica del hombre con su entorno: con su espacio y con su tiempo y con los niveles de reali-

dad que los poderes le proponían. Copérnico replanteó la centralidad espacial: la tierra y su habitante ya no eran sino otros entre muchos objetos iluminados lateralmente por una frágil estrella: entonces, el Cusano quebró simbólicamente la esfera de la unidad. Todo el período que transcurre desde fines del siglo XVI y hasta mediados del siglo XIX se corresponde con una época de ordenamiento. El cenith de toda la argumentación copernicana se produjo en 1687, cuando Newton publicó su Principia Mathematica. A partir de allí, la Razón tenía sus bases y justificaciones bien fundadas. En los primeros tiempos de la certeza cósmica, Dios era el Orden. Luego, El Hombre quiso sustituir a Dios y ordenar su mundo a su propia imagen y su propia semejanza. Pero la incerteza trajo un Orden dado por la Razón y la Ley. La Ley que era, a su vez, instrumento del Sistema.

V.

Dentro de esta fluidez de la historia, se puede percibir cómo en el Renacimiento se agudizó la preocupación por el espacio y se llevó hasta niveles de altísima sensibilidad, de absorbencia casi total. Esto sucedió en la primera y optimista fase: la del triunfo del hombre sobre todas las cosas. El espacio era triunfante

y armonioso: territorio abierto al tránsito del hombre y sus figuraciones humanas.

Luego, en una fase más tardía, el manierismo quebranta la amplitud, la simetría y la libertad espacial propiciada por el pensamiento renacentista y desintegra la escena en una multiplicidad de ámbitos, no sólo separados externamente, sino también organizados diversamente, de manera tal que se atomiza la estructura de la obra, se altera la noción del equilibrio y el espacio se vuelve incluso hostil, dando así paso a la expresión del desarraigo y la ajenidad.

El manierismo reúne las tendencias profundidad/superficialidad y proporciona fuerza a una concepción del espacio que desvincula la existencia del hombre del *continuum orgánico* de su paisaje. En lugar de la sensación de seguridad y acogimiento que había propuesto la primigenia concepción espacial renacentista, el espacio plantea un desasosiego indomable: el anhelo de viajar hacia tierras extrañas, el desaliento de no encontrar en ellas sino otro horizonte abierto, el impulso de escapar de las limitaciones. Se apodera entonces del arte el sentimiento de inseguridad y ya no hay más libertad que la del artificio.

El manierismo, que asume la ideología estética de la consciencia del arte, descubre la posibilidad que tiene éste de descubrir y crear un espacio de ficción. Antes del manieris-

mo, sólo había estilos que habían renunciado a la concepción espacial, o que estaban íntimamente relacionados con ella. Desde el manierismo se comenzó a reflexionar sobre el espacio como problema: ¿cuál es el espacio real y cuál es el que se crea por medio de la ficción? ¿es uno más auténtico que el otro?: al subrayar la tensión, la obra se convierte en un elemento consciente de engaño y auto-engaño, porque se desposee de su carácter inmediatamente verificable: no hay verificación posible y entonces, trasciende hacia otra forma de la realidad que no elimina la sustancia que la alimenta, ni se aliena con respecto de ella.

El manierismo será retomado y reelaborado plenamente cuando las transiciones del mundo establezcan la necesidad de una revisión profunda en la manera de interpretar el mundo, a fines del siglo XVIII. Entonces comienzan a perfilarse los establecimientos románticos: la actitud de ruptura frente a los patrones de orden y de realidad.

VI.

El Romanticismo planteó la confrontación entre lo ordenado, secuencia) y equilibrado (eso que se llamó en su momento Discurso Lógico y Racional) y lo desordenado, no seriado y en desequilibrio, correspondiente a otra forma de realidad, exis-

tente pero no asumida como tal. El Romanticismo fue la irrupción de la cosmovisión individual en un mundo organizado para hacer cumplir destinos colectivos. Todo lo salvaje, lo fúrico, lo esperpéntico, lo hiperbolizado, lo minúsculo, lo gigantesco, lo atroz, lo preciosista, lo feo, lo múltiple, lo impensable, fue apropiado como potencial entidad estética. Todo lo que representara quebrantamiento, fue aceptado como fundamento para la edificación de realidades alternas.

De esta manera, las recién liberadas colonias americanas encontraron en el Romanticismo una vía expresiva que les era familiar. En términos de ideología, dentro de esa tendencia se tendía hacia la construcción de centros utópicos. En términos de espacio, se revalorizaba el postulado manierista y se favorecía el fuero de la imaginación para elaborar territorios. En términos de historia, se privilegiaba la búsqueda de lo inacabado, el juego de las pasiones, los éxtasis y las épicas, lo legendario y lo fantástico, lo mágico y lo vinculado con el mito. Los novelistas latinoamericanos necesitaban todos esos senderos en ese justo momento: despojados de sus referencias culturales tradicionales (de sus vínculos con la metrópolis), aunque fuera de manera política; desprovistos también de exactas cualidades territoriales a las que pudieran pertenecer; sin nacio-

nes establecidas como noción real, ellos sentían la necesidad de diseñar utopías y paisajes: de dar a la luz un modelo de patria: un modelo nacional que les sirviera a ellos mismos de señalamiento ontológico y epistemológico y que pudiera insertarse también en la geografía y la geopolítica mundial.

VII.

En Venezuela, un pensador como Juan Vicente González, imbuido dentro de ese espíritu Romántico, representante de una intelectualidad sumergida en la la consciencia responsable de consolidar la *independencia* como un estado de entendimiento más que como un accidente político, fue el primero que planteó la inquietud en términos ideológicos y también en términos de experiencia estética. Desde estas reflexiones, a partir asimismo de la veta costumbrista aportada por el entonces subrepticio y, sin embargo vital, vínculo con España, se fue conformando eso que llamaron en su momento Criollismo.

VIII.

El Criollismo es el antiguo esfuerzo por consolidar una patria a partir de sus referencias fragmentarias. El Criollismo surge como el afán denodado de una clase intelectual por elaborar una utopía y un espacio que res-

pondiera a sus necesidades de identificación y ubicación. Porque crear un espacio por medio de palabras es transformar lo visible/objetivo en invisible/subjetivo: entrar en un lugar ontológico y epistemológico que no es cuantificable, desplazando la intimidad básica. Porque crear un espacio es establecerse en un punto desde el cual la palabra que crea tiene que ser oída y resonar para convertir el territorio íntimo en movimiento de la palabra dentro del texto.

El espacio es así construido en una de sus representaciones: el texto. Al decir de Blanchot: *El espacio donde todo retorna al ser profundo, donde hay pasaje absoluto entre los dos dominios, donde todo muere, pero donde la muerte es la sabia compañera de la vida, donde el espacio es éxtasis, donde la celebración se lamenta y la lamentación glorifica, el espacio mismo hacia el cual se 'precipitan todos los mundos como hacia su realidad más próxima y verdadera', el espacio del círculo más grande y de la incesante metamorfosis, es el espacio del texto, el espacio órfico al que sin duda, el poeta no tiene acceso, donde no puede penetrar más que para desaparecer, que sólo alcanza unido a la inti-*

midad del desgarramiento que hace de él una boca sin entendimiento como hace de quien oye el peso del silencio: es la obra, pero la obra como origen.^t

VIII.

Es interesante preguntarse qué sucedió en verdad, cuáles textos literarios sirvieron al hombre de la Colonia en Venezuela para asumir sus pruebas existenciales y (com)probar su propia realidad. Cómo el hombre de la Colonia se sintió Uno o quizá Otro. Es inconcebible un vacío de siglos: apenas algunos trazos, algunos versos, algunos Autos Sacramentales, y luego, ciertas cartas y ciertas proclamas políticas. O quizá una leyenda rescatada. O una mesurada descripción científica. Debe haber en algún sitio (debió haber existido) una protonovela, un germen de audacia tendido como un puente entre el afán imaginativo de los Cronistas y el tiempo aquél en que los Románticos florecieron sobre el campo arrasado por la guerra.

IX.

El Criollismo, ese movimiento conformador de territorios *patrios*, se

1 BLANCHOT, Maurice: **El Espacio Literario**, Letras Mayúsculas, Paidós, Buenos Aires, 1969

convertirá en una veta que recorrerá todo el sendero de la historiografía literaria venezolana, tomando formas diversas, alimentándose de muy diferentes fuentes. Habría que aceptar que su base primordial es el Romanticismo. Pero no hay que desdeñar, ni obliterar, los aportes que hicieron otras tendencias de expresión estética, como el Naturalismo y el Realismo y aún otras vías de reflexión como el Positivismo y el Arielismo, a su corporización integral. Y habría que asumir el fenómeno de su persistencia aún hoy, reflejo de la misma inquietud que llevó al hombre a: 1) apropiarse de su paisaje expresándolo con palabras (labor que corresponde al Dios y/o a sus Demiurgos) y 2) fundar en él los lugares que le proporcionaran núcleos vitales y pertenencias. El Regionalismo, cuyo nombre predominante en Venezuela es el de Rómulo Gallegos, llevó al cenith ese esfuerzo textual.

IX.

Rómulo Gallegos se propuso construir una geografía nacional mediante la elaboración de un cuerpo novelesco. Su obra se convirtió en el centro de convergencia de factores estéticos que se habían ido acumu-

lando desde fines del siglo XIX y hasta esas décadas del 20, 30, 40 cuando él estaba construyendo sus novelas. Pero, además, su obra se transformó en el instrumento de lucha política de una clase (media) en crecimiento y de un país cuyas estructuras se estaban modificando hacia modos de producción muy específicos y muy distintos de los agropecuarios tradicionales, en función de la constitución de un Estado Moderno y del establecimiento de una Democracia. De ambos hechos: el literario y el político, se desprende la poderosa influencia de su obra.

X.

Sin embargo, Gallegos, en su afán de construir territorios es sólo el frágil reflejo de una necesidad ancestral, agravada por los descubrimientos que marcaron el siglo.

XI.

En principio fueron los auges idealistas y las caídas de todas las Revoluciones: su carácter de heroísmo inacabado, de gesta inconclusa que termina con la exaltación de los

2 Ver al respecto AINSA, Fernando: **Los Buscadores de la Utopía**, Monte Avila, Caracas, 1977

héroes muertos, la entronización de los astutos y el relegamiento de los sobrevivientes.

Después, la asunción de otras formas de incerteza. Porque una vez que había sido aceptado el orden newtoniano: la homogeneidad del mundo, ya que nunca más su centralidad, y sus basamentos organizados y seriados para el mejor entendimiento y comprensión, se produjeron hechos terribles que volvieron añicos tal imagen de orden: hubo el descubrimiento del *quantum* por Max Planck; la apertura atómica planteada por Einstein; la ruptura de la creencia de un universo estático y la proposición de uno que, en cambio, está expandiéndose hacia algún fin, y la delineación del principio de incertidumbre de Heisenberg en base al comportamiento de las partículas. Todos esos fueron elementos que provocaron la ruptura de las usuales coordenadas de entendimiento y que se expresaron en la novela como una desconstrucción voluntaria y necesaria de la estructura, *por una parte*: es decir, por una reconsideración de la linealidad del tiempo y, por consiguiente, de la trama, así como por un rediseño paralelo de la continuidad espacial, determinada en este caso por la misma partición estructural. La visión de los Cubistas no es un accidente, sino una consecuencia.

Por la otra, se produjo también una necesidad de recuperar el Paraíso Perdido: una conducta arquetipal que tendía hacia la evocación y la particularización literaria de las ideas de tiempo-como-instante desarrolladas por Bergson. Y, paralelamente, la profundización en los estudios de la psique mostraron de súbito que tampoco el hombre era una unidad sino, por el contrario, un ser múltiple hecho de capas y capas y capas de sentimientos, de experiencias, de conocimientos, de sinrazones y razones, de aportes sociales y familiares, de creencias y condiciones divinas.

XII.

Pero en Venezuela era la mitad del siglo XX y los hombres aún estaban pensando en el orden newtoniano. Y recién entonces descubrieron la incerteza y comenzaron a manifestarla en la estructura novelesca. No obstante ese hecho, el problema del espacio era un asunto demasiado largamente vigente: la pregunta sólo necesitó ser replanteada: era la misma, exigiendo ahora nuevas respuestas, búsquedas inéditas, distintas. El antiguo recurso de la *alteridad* fue una de las vías: crear un espacio: el mismo quizá, reelaborado. La herencia Criollista re-esbozada. O crear un espacio distinto, propio para cada

creador y afirmarlo **allí, contra** toda la incertidumbre.

XIII.

El vértigo de los cambios, la injerencia de la tecnología, el triunfo del Capitalismo que algunos llaman, erróneamente, Salvaje (y erróneamente porque es, por el contrario, un muy refinado instrumento económico, social y político: un instrumento altamente eficiente, capaz incluso de reestructurarse, de corregir sobre la marcha sus errores y sus vías, sólo mediante la aplicación de ciertas fórmulas delineadas por un pequeño grupo de especialistas al servicio de **Los Poderosos**: y nada hay de salvaje en ese asunto, aun cuando sus consecuencias puedan ser vandálicas, brutales y devoradoras) han desplazado al hombre incluso de los sitios desde donde mediaba su incerteza. Como a finales del Renacimiento, así se está hoy: la Ley regula los actos y las manera del entendimiento: una Ley cada vez más uniforme, transmitida por los medios masivos de comunicación: aldea global. Frente a ese intento de predominio de la Ley se hace necesario la Ilegalidad del pensamiento: la marginalidad autoasumida, justamente porque implica el Desorden. En límites estéticos, es factible identificar estas caracte-

rísticas con el manierismo y el postulado romántico.

XIV.

El hombre -en este caso el novelista- tiende por cuestión de mera sobrevivencia, hoy como en el pasado, a construir sus espacios. Ya no se trata solamente de construir una nación, un país o una patria, sino un sitio planetario que pueda ser considerado referencia, que no pueda ser alterado por las cambiantes significaciones que el mercado y la política imponen, sin dar cabida no se diga ya a la certeza, sino siquiera a la estabilidad. Este deseo de construcción se manifiesta a veces por el escamoteo de los territorios, por el anhelo de reorganizar los signos de su existencia, traducirlos a un lenguaje inédito y consolidar así el potencial espejo en el cual *lo real* sea imposible de ser devastado, erosionado o incluso confiscado, y él mismo, el novelista, pueda *permanecer* y dar expectativas a otros en el sentido de que es posible, de que siempre ha sido posible, de que algún día el espacio será, verdaderamente, ese *jardín de maravillas* en donde cada hombre, teniendo la sensación de mirar desde allí hacia lo más profundo y secreto de sí mismo, pueda decir: *todas esas constelaciones son mías, están en mí, no tienen otra realidad fuera de mi amor.*